



*Educación Personalizada*

# Educación y transformación personal

Armando Rojas Claros<sup>1</sup>

1 Universidad Católica de Colombia, ([arojas@ucatolica.edu.co](mailto:arojas@ucatolica.edu.co)). Ver más en nuestro link de Autores.

*“Compruébalo todo: las cosas que en realidad no sepas por ti, en realidad no las sabes”.*  
Bertolt Brecht

## Contexto

Al abordar asuntos referidos a la educación no es raro quedar abrumados por la multitud de temas y problemas que pueden ser investigados. Así por ejemplo, si ponemos la atención en el factor educativo podemos examinar aspectos centrales como los procesos pedagógicos; el desarrollo investigativo; la epistemología y la calidad de la educación; la financiación y la relación que ésta tiene por ejemplo con la autonomía universitaria, pues está latente el problema de que la “universidad se vuelva un mercado persa de ofrecimientos de programas educativos de alto, o mediano costo, para financiarse, valiéndose de ciudadanos cada día más necesitados y obnubilados con la titulación” (Hoyos, 2008).

También puede examinarse su constitución histórica o la esencia de la educación, es decir, aquello que le da su razón de ser y la define, o indagar en torno al problema de la evaluación junto a la consecución efectiva de los objetivos que se desean alcanzar. Es posible analizar el papel que juega la educación y la responsabilidad real que tienen las instituciones en la comunidad, frente a aquellas exigencias que en definitiva no le son propias; ver, si ella está ayudando a crear un ser humano psicológicamente más sano, más inteligente y capaz de respetar al otro o por el contrario está contribuyendo con un tipo de persona que se caracteriza por su desarmonía y

deshumanización. Además, es posible abordar el impacto que generan los medios virtuales en la sociedad y en quienes hacen un uso frecuente de estas herramientas; ver la antropología y la ética que subyace a los modelos pedagógicos, cuando estos tienen una concepción definida de la persona. Estudiar el tema del acceso gratuito a la educación, pues ésta es en gran parte una forma de generar equidad en los países que se distinguen por su desequilibrio social.

Otra alternativa consiste en analizar las diversas cuestiones que presentan la práctica de la educación y la relación que ésta tiene con la vida cotidiana, el contexto y la cultura determinada donde se ejercitan la vida académica y científica. Esta descripción de temas deja ver que no es posible renunciar al arte de educar y educarnos, pues ¿acaso existe algo que el ser humano sepa sin haberlo aprendido? Parece ser que aquello que somos los seres humanos es fruto de la educación que hemos recibido a lo largo de la vida, haya sido ésta excelente o deficiente; se haya recibido en una institución educativa, en el hogar, en el contacto con distintas personas a las que se ama o incluso se odia, o a través de las experiencias buenas o malas que han marcado nuestra existencia. Todo este aprendizaje se ha convertido en parte de lo que somos, así como el alimento que consumimos se convierte en nuestra sangre, nuestros huesos, nuestro cerebro.

La vida humana se caracteriza porque cada persona tiene la libertad de crearse a sí misma. Educación quiere decir en otras palabras la posibilidad que tiene todo ser humano de desplegar su ser, de inventar, de cometer errores, de crear cultura, de elegir caminos que entorpecen su existencia y la de otros, o de acertar en la

elección de formas de vida que lo conducen a la plenitud para sí mismo y para los demás. En este sentido se expresa Nelson Mandela cuando afirma:

“Nadie nace para odiar a otro por el color de su piel, por su biografía o por su religión. Los hombres tienen que aprender a odiar, y si pueden aprender a odiar, también se les puede enseñar a amar, pues el corazón humano siente el amor con mucha más naturalidad que su contrario. Incluso en los peores tiempos en la prisión vi un destello de humanidad en un vigilante”<sup>1</sup>.

Que el hombre puede aprender es la clave que señala Nelson Mandela, mensaje que incorporó, que hizo suyo no sólo tras la lectura de muchos libros sino tras experimentarlo en carne propia. De acuerdo a su visión, el hombre está en capacidad de aprender cualquier cosa, incluso lo más esencial, puede desarrollar el amor o el odio, esta es su decisión. Por lo demás todo aquello que puede ser aprendido también puede desaprenderse, de ahí la confianza en el ser humano, todo lo que haya asimilado en el pasado, si es dañino, puede modificarlo gracias a una nueva orientación.

Otro de los puntos que pueden ser tratados consiste en caracterizar las cualidades y vivencias del maestro, tal como lo hace el propio Daniel Herrera:

“Yo me pregunto como docente -nos dice- sobre cuánto puede significar para la personalización de nuestros estudiantes el que puedan apreciar en nosotros nuestro sentido de responsabilidad, de equilibrio intelectual y emocional, nuestra coherencia entre lo que vivimos y enseñamos, nuestro esfuerzo de cooperación en su propia búsqueda de superación, nuestra capacidad de comprensión, nuestra sinceridad y honestidad al reconocer los límites de nuestro propio saber al responder a sus interrogantes. Me pregunto sobre cuánto puede significar para ellos el poder apreciar en nosotros los valores implícitos en el espíritu científico: pasión por la verdad, seriedad y rigor en la investigación, humildad a causa de nuestra ignorancia -por algo investigamos-, prontitud para aceptar las críticas que dirijan a nuestro trabajo, disposición para el diálogo, vivencia del respeto a la opinión ajena. Yo me pregunto cuánto puede significar para ellos el que no “sólo les abramos nuestros libros, sino ante todo nuestras vidas” con nuestras esperanzas y desilusiones, con nuestros triunfos y derrotas, con nuestras alegrías y nuestras tristezas, con lo que la vida nos ha enseñado, con los valores que nos han permitido llegar a ser lo que somos y con los antivalores que nos han impedido llegar a ser lo que no hemos podido ser” (Herrera, 2002, 129).

1 Tomado de *Ética mundial*, Casa editorial el tiempo, Bogotá, 2009, p. 93.

El maestro Daniel Herrera, en un espíritu de sinceridad y claridad, ha condensado en estos breves párrafos una serie de afirmaciones brillantes y llenas de sabiduría, que aportan mucho en la medida que se les dedique tiempo para ir las incorporando en nuestro ser. Si es que consideramos que algunos de estos puntos pueden enriquecernos en algún sentido y sernos de beneficio.

Como se ve, es claro que son muchos los aspectos que pueden estudiarse, el universo de los temas indicados es totalmente pertinente y tentador, sin embargo he preferido elegir para la reflexión con todos los lectores, un punto de vista que me parece está olvidado, aunque guarda una conexión directa con lo que hasta ahora se ha mencionado. El asunto en cuestión tiene que ver con lo que en filosofía se denomina la comprensión de nosotros mismos y la transformación personalizante<sup>2</sup>.

## Comprensión y transformación personal

La hipótesis que orienta esta reflexión se inspira entonces en la cuestión que interroga por el punto de partida que posibilita la transformación personal. En consecuencia, ¿cuánto puede significar y aportar a la comunidad académica el hecho de que nos comprendamos a nosotros mismos? ¿No será acaso que el conocimiento de sí es la base que propicia el equilibrio, la serenidad, la lucidez y la humildad que sugiere Daniel Herrera? Ahora bien, ¿es un objetivo de la educación y de la universidad llevarnos a la comprensión de nosotros mismos, o es esta una tarea exclusiva del individuo que acude a la institución educativa?

Digamos de momento que, desde el punto de vista teórico y práctico, la universidad se propone la realización de tal propósito. Cuando investiga en el campo de la medicina, la psicología, la economía, el derecho, las artes, propone conocimientos que llevan al ser humano de modo personal y colectivo a tener una mayor comprensión de sí mismo. Se adjudica también este propósito cuando entiende por conocimiento de sí la estructura conceptual mediante la cual se orienta nuestra vida, en este sentido y en el mejor de los casos la universidad sería el lugar privilegiado donde se configura la personalidad y la existencia; allí es posible acceder a unas maneras de pensar a través de la cual se toman decisiones para dirigir la vida. No es este el sentido en el que quisiera reflexionar sobre la comprensión de nosotros mismos.

2 Esta última categoría, la *transformación personalizante*, ha sido trabajada por Bernard Lonergan desde su propuesta de la conciencia intencional, que describe un proceso que le permite a la persona ser atento, inteligente, razonable, responsable y amoroso (1994 y 1999). Véase la referencia de sus escritos que desarrollan esta idea al final de la bibliografía.

Para precisar este punto es pertinente diferenciar dos aspectos básicos: la comprensión de sí mismos y la filosofía sobre la comprensión de nosotros mismos. En otras palabras, la experiencia personal de la comprensión y la filosofía sobre la experiencia de la comprensión; quizá sea para los lectores una distinción bastante obvia, pero que se confunde con relativa frecuencia.

El modelo de la ciencia que conoce el mundo objetivo intenta de algún modo ofrecer una visión desde ninguna parte, lo cual puede llevar a identificar la comprensión de sí con los conocimientos que aportan tales investigaciones. Es una visión desde ninguna parte porque dichos conocimientos provenientes de los saberes de carácter fáctico o humano enfatizan lo común o lo universal; lo fundamental en este campo es el resultado de la investigación y no el individuo que la lleva a cabo, pues la verdad o falsedad de los postulados no dependen de quien los afirma o los niega, es decir, no dependen de una persona en particular. Por ejemplo: cuando un neurólogo realiza algún hallazgo en su disciplina no dice nada en concreto ni de sí mismo ni de un individuo en particular, sino de la especie; en este sentido lo que prevalece es el alcance de su investigación.

Esto mismo sucede con otras áreas del conocimiento como la biología la genética, la medicina, la psicología, la economía, el derecho, la sociología y la misma filosofía. Dichos saberes informan de modo general sobre aspectos que nos constituyen, pero no dicen nada acerca de nuestro ser mismo, hablan del ser de un modo general, pero no pueden decir nada acerca del misterio concreto de cada persona. En esta medida, en tanto que la ciencia avanza, sabemos más de nosotros mismos como especie, no como individuos.

Dicho en otros términos el objeto de atención no es la persona concreta y real, sino el proceso cognitivo, el conocimiento mismo, la organización social, la estructura biológica, la materia, el ser, las leyes que determinan el mundo fáctico o aquellas que configuran las relaciones y sociedades humanas. Desde esta perspectiva sería un error identificar lo que somos con los conocimientos que hemos adquirido a lo largo de nuestra vida. Lo anterior podría expresarse diciendo que una cosa es lo conocido y otra muy distinta aquel que conoce.

Teniendo en cuenta este hilo de reflexión arriesgaré la siguiente afirmación: el conocimiento de sí es por esencia el abandono de todo conocimiento que haya llegado a través de otro, es una experiencia personal y no simplemente una estructura conceptual en la cual todos nos sentimos más o menos identificados. Así que una cosa es la experiencia de la interioridad y otra muy distinta la reflexión de la interioridad o una filosofía del

ser al estilo Heidegger. El conocimiento de sí es una tarea donde cada individuo se ocupa de lo suyo. Aquel lugar en el que se está totalmente solo: quién eres, quién soy, no de manera general, si no singular, es un interrogante que se responde en primera persona, o desde el punto de vista de la primera persona. La siguiente historia puede ayudar a aclarar lo que se viene afirmando:

En una ocasión alguien preguntó al Maestro: "¿Existe Dios?" y él dijo: "No". El mismo día, por la tarde, otro hombre le preguntó: "¿Existe Dios?" y él dijo: "Sí". Y ese mismo día, por la noche, un tercer hombre preguntó: "¿Existe Dios?", y el Maestro se quedó callado. Uno de sus discípulos estaba muy molesto, no entendía el comportamiento del Maestro, así que por la noche le dijo: maestro no puedo dormir, cuéntame, ¿por qué contestaste de modo diferente la misma pregunta? A uno le dijiste que no, a otro le dijiste que sí, al siguiente no le dijiste nada, simplemente te quedaste en silencio y cerraste los ojos. ¿Por qué si la pregunta fue la misma? Exactamente la misma. Pero los que preguntaban eran diferentes dijo el Maestro. Estaba contestando a los que preguntaban. Uno era un ateo, no creía en Dios, había venido a reforzar sus convicciones. Quería que yo dijera que no para que su creencia pudiera hacerse más fuerte, y yo no puedo ayudar a la creencia de nadie. Tengo que destruir las creencias. A ese hombre le dije: "¡Sí, Dios existe!", porque a menos que las creencias sean debilitadas nadie llega a saber.

El otro hombre era un teísta, creía en Dios. Había venido a que le apoyara. No estoy aquí para apoyar las creencias de nadie. Estoy aquí para destruir todas las creencias para que la mente pueda ascender por encima de ellas hacia el saber. Por eso a él tuve que decirle algo diferente. ¡Tuve que decirle no!

El tercer hombre no era ni teísta ni ateo, de modo que no hacía falta ni un sí ni un no. Tuve que quedarme en silencio. Le estaba diciendo: "Entra en silencio y conocerás. Haz lo que estoy haciendo yo. Cierra los ojos, entra en silencio y conocerás" (Osho, 2005, 131-132).

Esta es una parábola sencillamente genial, presenta muchos aspectos por analizar. Sin embargo, lo que me interesa rescatar es lo siguiente: Un maestro no responde preguntas, responde a personas concretas. La tarea del maestro no consiste en entregarle a nadie ningún tipo de conocimiento ya elaborado sino en poner la vida de cada quien bajo su propia responsabilidad, llevar a cada uno a comprometerse existencialmente, a responder por él o ella misma. El maestro no ofrece una filosofía ni una fenomenología de la experiencia personal, ni sobre Dios o algo por el estilo, sino que invita al discípulo a ver por sí mismo. Fíjense que no se ha dicho pensar por sí mismo, si no ver por sí mismo. Pone al discípulo frente a sí

mismo, no le dice piensa por ti mismo, sino cierra los ojos y en el silencio conocerás. Para el hombre sabio lo importante no son los interrogantes, sino aquel que interroga. Lo fundamental es que la persona conozca a través de su propia experiencia.

La historia indica que el saber no tiene nada que ver con el conocimiento, pues la sabiduría es aquello que sale de nuestro propio ser, el conocimiento por su parte sería algo prestado, un contenido que se recibe de otro y luego se convierte en una creencia, es como acumulación de información, recibir el certificado del maestro sería algo muy fácil. La sabiduría es lo que crece en el interior, lo que florece desde del propio ser. Este florecer es ante todo una osadía a la que se llega a partir de la atención personal, esto es lo que significa conocer por nosotros mismos. Pero este conocer no tiene que ver con un diálogo con nuestros pensamientos ¿En qué consiste entonces? Por ahora digamos simplemente que consiste en observar, en contemplar, en ser conscientes de todo lo que sucede en el interior sin hacer ningún tipo de juicio, de evaluación. Así es como lo indica Bodhidharma, el introductor del Zen en China (Bodhidharma, 2008, 95-97).

Desde la perspectiva del cristianismo los padres del desierto desarrollaron el arte de encontrarse consigo mismos, a través de la experiencia de la vigilancia, la permanencia y el silencio. Sólo tras años de práctica, de sanación y orden interior, tras haber alcanzado una mayor claridad sobre ellos mismos, se permitían compartir y comunicar esa sabiduría a los más jóvenes, a quienes acudían por una palabra de consuelo y orientación. Al respecto nos dice uno de los apotegmas: “Un hermano fue donde el abba Moisés para pedirle algún consejo: Quédate quieto en tu celda le respondió, ella te enseñará todo” (Gautagny, 2000, 311). Este es un dicho o sentencia que podemos catalogar como experiencia y sabiduría condensada, no nace de la consulta en bibliotecas, no es conocimiento prestado, es fruto de la vivencia personal, del trabajo que el monje ha llevado a cabo consigo mismo. El abba Moisés no le da al hermano un gran discurso, su respuesta se traduce en una afirmación breve y concisa. “Quédate quieto en tu celda, ella te lo enseñara todo”.

La celda no se refiere exclusivamente al lugar físico, ante todo es una invitación a permanecer en una constante vigilancia de todo aquello que se agita en el interior, pensamientos, sentimientos, deseos, sueños. Se trata de observar el vagabundeo de la mente. Así lo expresa el abba Antonio: “apresurémonos por entrar en nuestra celda como el pez va hacia el mar, no sea que por demorarnos en el exterior olvidemos nuestra vigilancia interior” (Gautagny, 2000, 310). No basta con estar en una constante vigilancia, también hay que permanecer en la celda, ¿pero haciendo qué?, ¿orando por supuesto? No,

de ninguna manera, ese no es el momento de entregarse a oraciones o pensamientos piadosos, lo que ha de hacer la persona en ese espacio de soledad y silencio es adoptar una actitud de quietud y observación, no se puede dar el lujo de escapar de la situación, de huir de sí. En una ocasión cuando “un hermano interrogó a un anciano: mis pensamientos me persiguen y me siento turbado. El anciano respondió: Quédate en tu celda y tus pensamientos te dejarán” (Gautagny, 2000, 313).

La sabiduría de los padres del desierto aconsejaba en todos estos casos lo siguiente: “si te viene una tentación donde estás, no dejes ese lugar durante la tentación: porque si lo dejas encontrarás siempre en ti, donde quiera que vayas, aquello de lo que huías” (Gautagny, 2000, 314). La persona que quería entrar en estas prácticas mistagógicas, es decir, en el secreto de sí mismo y de Dios no podía evadir la experiencia de encontrarse cara a cara con su realidad. “La stabilitas, la perseverancia, el contenerse, el permanecer consigo mismo, es la condición para todo progreso humano y espiritual. (...) No se da un hombre maduro que no tenga el valor de aguantarse a sí mismo y de encontrarse con su propia verdad” (Grün, 2001, 29 y 31). Este permanecer es entonces como el agua tranquila en el que uno puede reconocer más claramente su rostro.

Fijémonos ahora en dos cosas importantes: La sentencia del abba Moisés es sabiduría condensada y no la idea de un hombre genial, no tiene nada que ver con la erudición o el conocimiento acumulado. Como ya se señaló, no se trata de teoría alguna, sino de la vivencia personal de alguien en particular que ha recorrido un camino. Esa experiencia es la que autoriza al monje para aconsejar y orientar a otros. El otro aspecto que hay que tener en consideración, es el hecho de que el consejo de los padres no tiene el carácter de una verdad universal, válida para todos, está dirigida a una persona concreta y para una situación determinada, “como aguijón que le avive y le estimule a ser lo que, en ese momento, debe ser, y esto inmediatamente, hoy, no mañana” (Grün, 2001, 15).

Es través de este conocimiento sincero de sí mismo que la persona puede lograr la transformación personal. Este carácter transformante de la vida ha sido descrito por Foucault en la Hermenéutica del sujeto y por Pierre Hadot en toda su obra, especialmente en sus libros Qué es la filosofía antigua y Ejercicios espirituales y filosofía antigua, experiencia que no ha sido ajena a la tradición cristiana. La práctica del silencio, la vigilancia, la permanencia, es una especie de cura, de medicina mediante la cual la persona se despoja de todo lo que ella no es. Es por ello que los monjes cantaban alabanzas a la celda: “Cella est coelum, la celda es el cielo y esta otra, Cella est valetudinarium, la celda es un sanatorio, en el

que se puede recobrar la salud, por experimentar allí la cercanía curativa y amorosa de Dios" (Grün, 2001, 35). De este modo se expresaban los creyentes de los primeros siglos, mas los ejercicios de transformación de los que nos hablan Foucault y Hadot no presuponian la fe, eran requisito necesario para lograr en términos contemporáneos una transformación personalizante.

Desde la visión occidental, afirma Charles Taylor no es osado sostener que con Agustín se abren las puertas para la comprensión de la persona en cuanto ser interior. Valga citar aquí unas breves palabras de Agustín de Hipona para valorar lo que la reflexión de la interioridad ha significado para el desarrollo de la cultura occidental. Según su pensamiento y haciendo uso de su lenguaje, dice el autor que la condición moral del alma depende finalmente de qué atiende y qué ama. "Nos transformamos en lo que amamos, nos dice. ¿Amas la tierra? Serás tierra. ¿Amas a Dios?, entonces yo digo, serás Dios" (Citado por Taylor, 1999, 144). Lo decisivo es la dirección de la mirada y el amor. El vuelco clave en la dirección pasa a través del hecho de que prestemos atención a nosotros mismos como seres interiores "no salgas afuera, vuelve a ti mismo. La verdad mora en el hombre interior", es el llamado continuo de Agustín.

Desde su perspectiva, Dios es primordialmente el apoyo básico y el principio subyacente en nuestra capacidad cognoscitiva. "Dios no es solamente lo que anhelamos ver, sino quien potencia el ojo que ve" (Taylor, 1999, 145). En el lenguaje de la interioridad es Dios quien propicia el proceso del conocer y el conocimiento mismo, es quien posibilita la experiencia del amor y es el amor mismo.

Este pensar existencial de Agustín se desarrolló posteriormente a partir de la experiencia franciscana. Así lo expresa el Cántico de las criaturas, un poema en el que Francisco de Asís recoge su vivencia personal. Allí, en el mundo vivencial del santo la praxis adquiere primacía sobre la teoría, los seres singulares -hermano sol, hermano perro de Gubio, hermano cuerpo, hermano Antonio, hermana agua, hermano fuego, hermana tierra, hermano viento-, tienen prioridad frente a la abstracta y universal naturaleza, "la valoración de la subjetividad individual sobre la noción vacía de humanidad, la fraternidad universal sobre el universo como simple suma de sustancias individuales" (Herrera 2002, 29), el amor concreto por los hermanos y hermanas sobre nociones generales en re-

lación al bien o la verdad. Desde la perspectiva de Francisco, lo fundamental no es el argumento sino la acción, la experiencia. Este papel de la experiencia personal es un legado importante que la espiritualidad cristiana -en estas dos figuras y través de los padres del desierto- ha dejado como legado.

Lo que hay que resaltar entonces, en este proceso de transformación personalizante, es el arte de llegar por nosotros mismos a la experiencia de algo, sin tener que asentirla a partir de conceptos, símbolos e imágenes que han sido transmitidas por la cultura o la educación, tarea que, por otro lado, no está reservada únicamente al creyente. La atención de nosotros mismos es muy similar a la experiencia estética, que se caracteriza por ser única y personal, de tal modo que cada expresión artística tiene su propio sello, su identidad particular: las obras de Vermeer, Dürero, Rafael, Rembrandt, Rodín, Manet, Millet, Borges, o Vivaldi... han nacido gracias a la vivencia particular de cada artista.

Al abordar la experiencia personal no estamos valorando en exclusiva una especie de solipsismo o subjetivismo, ya que la comprensión del mundo, es decir, el lugar concreto y epistemológico, o los marcos de referencia<sup>3</sup> desde donde cada quien vive y habita, y el conocimiento de sí, son las dos direcciones hacia las que una persona puede dirigir la mirada sin que ello implique dualismo. Pero la comprensión de sí ha de ser una tarea personal e individual que no está sujeta a ninguna forma de creencia, ideología o filosofía; resulta más bien que es la tarea esencial de todo ser humano y cada quien está en la libertad de responder a esa tarea. Por otra parte, no hay que confundir la comprensión de nosotros mismos con los conocimientos referidos al yo, la autoconciencia, la estructura de la personalidad, las ideas que cada quien tiene respecto a sí mismo, los modos de pensar o de sentir que ha recibido y aprendido de la cultura en la que habita. Si la comprensión de sí le revela a alguien que sus creencias eran ciertas, perfecto, si le muestran que nada de lo que creía era verdad también está bien, pues lo importante es que vea por sí mismo y que no confunda lo que él es, con los conceptos y creencias que tiene de sí mismo y que quizá ha recibido de otros, pues nada de lo que uno es, le puede ser confir-

3 Para una ampliación del concepto de marcos referenciales ineludibles, puede verse el primer capítulo del libro *Fuentes del yo en: de Taylor, Charles, Fuentes del Yo: la construcción de la identidad moderna*. Paidós, Barcelona, 1996.

mado o refutado por otra persona. Los test del carácter y la personalidad determinan algunos datos de la periferia de la persona, no de su ser mismo.

En consecuencia hay que tener presente la diferencia que ya se ha indicado entre la experiencia de la interioridad y la filosofía de la interioridad. Advertir que yo soy quien siente, piensa, quiere, se entristece, se alegra, se pregunta y que todo ello me sucede a mí, no es haber dicho quién es ese, al que le suceden todas estas cosas. Por tal motivo me permito aventurar la siguiente afirmación: la reflexión filosófica posibilita la comprensión del mundo que habitamos, pero no nuestra propia comprensión. ¿Puede acaso la experiencia fundamental reducirse a conceptos? ¿Existe un pensamiento o una idea que sea capaz de contener al ser humano?

Sin embargo hay que aclarar que el pitagorismo, el epicureísmo, la escuela estoica y gran parte del pensamiento medieval, eran filosofías que tenían una serie de prácticas y ejercicios como la abstinencia, el examen de consciencia, la atención al cuerpo y al alma como una forma de cultivo de sí, una constante insistencia en el presente como remedio que permitía distanciarse de los miedos del pasado o el futuro que no dejaban vivir; invitaban a desarrollar la objetividad del juicio y la comprensión del papel que la persona tiene en el mundo, para poder ajustarse a él. Se trataba ante todo de la filosofía como forma vida, como el arte de salir del estado de ignorancia para familiarizarse con la sabiduría.

Es en particular a la filosofía moderna a la que se le acusa de haberse alejado de esta tradición y de poner su atención en el discurso, en la construcción teórica. Es esta forma de pensar, la filosofía como discurso, la que no nos puede dar la mano para aclararnos a nosotros mismos, pues ella enfatiza en temas, no en la transformación de la persona tal como lo intentaban las escuelas clásicas. Ello no quiere decir que la toma de responsabilidad por nosotros mismos haya perdido su sentido o que la racionalidad moderna haya de ser rechazada, sino que hay dos tipos de lenguaje que no pueden ser confundidos.

### **Algunos interrogantes a modo de conclusión**

¿La universidad tal como ha sido concebida en occidente ha tenido en sus manos tal propósito, tiene ella la responsabilidad de inquietar a sus estudiantes para que se pongan en cuestión y se comprendan a sí mismo?, ¿o lo que vemos por el contrario es que ella ha entendido esta comprensión más bien en el ámbito de desentrañar la naturaleza, la estructura del pensar, y los diversos mecanismos que configuran la sociedad humana?

En la formación humana que ofrecen las universidades se les brinda a los estudiantes la oportunidad de adquirir cierta lucidez respecto a sí mismos. Esto es cierto, pero en este punto hay que ser bien enfático para no confundir la experiencia de la comprensión de sí, con alguna forma de filosofía. Efectivamente esa reflexión ayuda a esclarecer el mundo que habitamos y es claro que puede proveer a los oyentes de un punto de vista existencialista, realista, cristiano, estructuralista, marxista, materialista, constructivista, de una ética y de una antropología, de tal manera que puedan ellos en el mejor de los casos, llegar a ser buenas personas, “aunque no sepan nada respecto a su propio ser”. Dicho en otros términos, la reflexión filosófica tal como se presenta hoy día en las universidades, posibilita la configuración de un modo de pensar, es una especie de arquitectura de la mente, de arquitectura de la personalidad, puede incluso dotar a sus seguidores de una filosofía del ser pero nunca de una experiencia respecto a su propio ser, ya que se presenta como un saber discursivo, académico pero no como práctica de sabiduría.

Quizás en medio de sus programas, planes y objetivos le concierne a la educación universitaria la labor de provocar e incitar a sus estudiantes para que tengan el valor de indagar en el misterio de su ser. Es claro que el arte de entrar en la verdad de nosotros mismos es una responsabilidad eminentemente personal. Sin embargo yo me pregunto: ¿no es éste también un compromiso del docente?, pues aquél que no conoce el secreto de su ser, ¿está en capacidad de enseñar algo que sea significativo?, ¿se puede ser un maestro sin haber alcanzado esta comprensión?, ¿qué se puede esperar de un abogado, un psicólogo, un arquitecto, un economista, un médico o un ingeniero que sólo es un especialista pero que no tiene lucidez respecto a sí mismo? Antes de proponer las funciones de investigación, docencia y extensión, o de enfatizar en el carácter científico, cultural y académico de la educación y la universidad ¿no deberíamos preguntarnos por aquél que formula la razón de ser de la misma educación y la universidad?

En el 2006, en el Congreso de filosofía de la persona en la ciudad de Bogotá, Guy-Réal Thivierge en su conferencia invitaba a reflexionar sobre la importancia y vivacidad del tiempo en la educación. Recordaba que nunca en la historia de la humanidad se ha dedicado tanto tiempo al proceso de aprendizaje, el tiempo que pasan las personas en sus etapas de formación es considerable. ¿No tiene entonces la universidad la responsabilidad de ayudar a quienes en ella habitan para que hagan de su vida una obra de arte tal como aquí se ha sugerido, es decir, ayudar a las personas a transformarse a sí mismas a través de la práctica de la sabiduría, del cuidado de sí, de la comprensión?

Esta reflexión no tiene la intención de recuperar un pasado idílico en el que las personas por cultivar su espíritu abandonaban el mundo, lejos de mí proponer tal cosa. Lo que he querido mostrar es la necesidad de comprensión de nosotros mismos como posibilidad para hacer de nuestra vida una obra de arte y la diferencia de esa experiencia frente a la conceptualización de la misma. Desarrollarse entonces no puede ser más que mantener vivo este equilibrio entre interioridad/exterioridad, entre comprensión de sí y comprensión del mundo.

### Una historia para finalizar:

Tras estar durante mucho tiempo en la guía de su maestro, un discípulo se atrevió preguntar: qué es lo más importante en la vida de un hombre: el bien, la caridad o la sabiduría. Por compasión con el discípulo el maestro contestó:

Un hombre bueno es aquél que trata a otros como a él le gustaría ser tratado.

Un hombre generoso es aquél que trata a otros mejor de lo que él espera ser tratado.

Un hombre sabio es aquél que sabe, cómo él y otros deberían ser tratados, de qué modo, y hasta qué punto (Idries, 1988, 173).

Le queda al lector el trabajo de sacar la conclusión de este escrito y de establecer la relación que la historia tiene con lo que aquí se ha expuesto.



### Bibliografía

- AGUSTÍN DE HIPONA, citado por TAYLOR, Ch. (1999): Fuentes del yo. Trad. Ana Lizón, Paidós, Barcelona.
- BODHIDHARMA (2008): Enseñanzas Zen. Red Pine, (3ª ed), Kairós, Barcelona.
- GAUTAGNY, Esteban (2000): El camino real del desierto. Trad. Quintiliano Tajadura y Luis M. Pérez, Monte Carmelo, Burgos.
- GRÜN, A. (2007): La sabiduría de los padres del desierto. (6ª ed). Trad. Pablo García, Sígueme, Salamanca.
- FOUCAULT, M. (2002): La hermenéutica del sujeto. Trad. Horacio Pons, Fondo de Cultura Económica, México. (El texto no lo cité pero tomé la referencia de los siguientes conceptos: cultivo de sí, cuidado de sí, inquietud de sí, preocupación por nosotros mismos).

- HADOT, P. (2006): Ejercicios espirituales y filosofía antigua. Trad. Javier Palacio, Siruela, Madrid.
- HERRERA RESTREPO, D. (2001): La persona y el mundo de su experiencia. Universidad de San Buenaventura, Bogotá.
- HOYOS, L. E. (2008): Democracia y universidad. El Ágora, Universidad Nacional de Colombia. En línea <http://www.humanas.unal.edu.co/agora.php?id=30>. Recuperado el 21 de junio de 2010.
- IDRIES, S. (1988): El Buscador de la Verdad. Trad. Francisco Martínez Dalmasas, Kairós, Barcelona.
- LONERGAN, B. (1999): Insight, estudio sobre la comprensión humana. Trad. Francisco Quijano, Universidad Iberoamericana, Ediciones Sígueme, México, Salamanca.
- LONERGAN, B. (1994): Método en teología. Trad. Gerardo Remolina, Ediciones Sígueme, Salamanca.
- OSHO (2005): La sabiduría de las arenas, charlas sobre sufismo. Trad. Luis Martín Santos, Kairós, Barcelona.